## XX

### Los mensajes.

Ocho dias despues, aún conservaba la anciana un soplo de vida.

Moria sin dolor físico, pero martirizada cruelmente por sus penas.

Poco á poco se habian ido debilitando todos sus sentidos: mas en su corazon, en aquel gran corazon fuerte, magnánimo y generoso, aún habia calor.

Eran las cuatro de una abrasadora tarde de Julio: el cuarto de la anciana estaba á media luz: sentado á su cabecera, le dirigia el venerable Parroco consoladoras palabras: á los piés del lecho, y en pié, estaba Inés llorando silenciosamente.

Algo más lejos, Margarita, sentada, tenia cruzadas las manos sobre las rodillas: tambien lloraba, aunque ménos copiosameute que Inés.

La desgraciada habia llorado tanto, que apenas quedaban lágrimas en sus ojos.

Ambas jóvenes vestian de luto: hacia tres años que no habian dejado sus ropajes negros, pues tambien llevaban luto en su corazon.

Margarita estaba inmóvil al pié de la cama de su abuela; desde el instante en que empezara la agonía de la anciana, no habia ido á vagar por los alrededores del castillo: su corazon, su pensamiento, estaban allí: disipadas las nieblas de su alma, veia á su abuela, cuya vida habia abreviado con los pesares; á su abuela, tan buena, tan noble, tan tierna para ella, tan benéfica para todos, tan santa, en fin, que moria sin quejas, sin impaciencia, pero mártir de un profundo dolor.

Recordó junto á aquel lecho el hermoso porvenir que habia destruido con sus locos sueños, y lloró, lloró con amargura.

De improviso, y del centro mismo de sus remordimientos, surgió la serena imágen de Miguel: la soledad en que iba á verse la asustaba: en su alma dominaba el egoismo á los buenos instintos, y se reconvino amargamente por haberle quitado toda esperanza al tiempo de su partida.

En el momento en que presento á las dos jóvenes á mis lectores, ambas lloraban, pero la buena y afectuosa Inés lloraba la muerte de su abuela: Margarita lloraba su felicidad perdida.

El sol penetraba á través de las cortinas blancas de la ventana, corridas con cuidado, y reflejaba en el rostro de la moribunda una ténue y dorada claridad.

Secáronse de súbito las lágrimas de Margarita, y un observodor inteligente hubiera podido ver la expresion extraña que iluminó sus facciones.



—¡Todavía no me ha devuelto Miguel la rama de sándalo! pensaba ella entonces: ¡aún me ama!... ¡quién sabe!...

Y luego añadió:

—¡Oh, si pudiera volver la vida á mi pobre abuela!

Como se ve, Margarita pensaba, ante todo, en sí misma, y despues en los demás.

Mas su último pensamiento fué interrumpido bruscamente por la anciana moribunda.

Incorporóse ésta en la cama, y murmuró con ahogado acento:

—¡Me muero!

—¡Dios te espera, alma santa! dijo el Párro- á media voz.

—¡Sí!... ¡me... muero!... repitió la anciana: ¡me muero y dejo á mis hijas... huérfanas y solas!... Inés, hija de mi alma... tú aún puedes ser dichosa!... ¡él te quiere... y...

Interrumpióse con fatiga, pareció recogerse, y luego echó sus brazos al cuello de Margarita, que se le habia acercado.

—¡Ah... tú... exclamó con arrebato, tú serás la dichosa... sí!... aún no te ha devuelto... el sándalo, y eso prueba... que todavía te quiere!...

Calló de nuevo la anciana, quebrantada con aquel esfuerzo: en el momento de morir, su ra-

zon tan fuerte, tan justa, parecia brillar en todo su esplendor.

—¡Pero entonces... qué será de Inés!... prosiguió como hablando consigo misma. ¡Ah, hijas mias! gritó de repente y con un extraordinario vigor: ¡ah mis pobres hijas! ¡no teneis más que una dicha para las dos! ¡cómo hareis para repartirla!...

—¡Dios decidirá! dijo con solemnidad el Sacerdote.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció la cana cabeza del tio Melchor.

Las jóvenes, absortas en su dolor, no le vieron: pero el Sacerdote se adelantó hácia él.

—Señor Cura, dijo el anciano: está en el patio un licenciado que trae un recado de Miguel.

—¡De Miguel! murmuró débilmente la anciana.

—¡De Miguel! repitieron las jóvenes.

—Trae un paquete para la señora Cecilia.

El Párroco meditó un instante, y luego dijo:

—Que suba.

Un momento despues, entró en la estancia el licenciado.

Era un gallardo mozo, en cuyo rostro resplandecia la alegría de volver á su lugar.

—Señor Cura, dijo quitándose con respeto el pañuelo que rodeaba su cabeza, me alegro de ver á Vd. bueno, tanto por lo ménos como siento ver enferma á la señora Cecilia.



—Gracias, Juan, respondió el sacerdote: seas bien venido entre nosotros.

—¡Ese paquete.... ese paquete!.... exclamó ansiosamente la moribunda, clavando una mirada en el que tenia Juan en la mano,

—¿Quereis que lo abra? preguntó el Párroco.

—Sí.... sí, pronto.... porque me muero!

El Sacerdote abrió el paquete: contenia dos cartas: la una, que era bastante abultada, iba dirigida á Margarita.

El Rector leyó el sobre, y á una seña que le hizo la jóven, rompio el sello.

Una bolsita de seda negra cayó al suelo, dentro de la cual estaba, seca é inodora, la rama de sándalo.

El Rector leyó el contenido de la carta, que Margarita oyó con la frente entre las manos, y derramando amargo llanto.

Decia así:

«Margarita: Ya ha muerto en mi corazon para siempre el amor que te tenia: te devuelvo tu rama de sándalo, y tu libertad.

*Miguel.*»

La otra carta que venia en el paquete era para Inés, y estaba concebida en estos términos:

«Inés: Acabo de recibir tu carta: nunca olvidaré que has renunciado por mí á ser la mujer de Andrés, el rico, y que me quieres en silencio, y me eres fiel hace siete años. Dentro de diez meses iré á casa de mi padre, y nos ca-

saremos. ¡Ojalá pueda pagarte de este modo lo mucho que te debo!»

«Inés, la luna está llena: corta esta noche de tu maceta la rama de los desposorios, y envíamela mañana por el correo.»

«Hasta la vista, se despide de tí tu novio.

*Miguel.*»

Inés alzó al cielo los ojos y las manos, y rezó con fervor durante algunos instantes.

En aquel momento se oyó en el patio de la alquería el ruido de un caballo, y poco despues volvió á asomar á la puerta el Sr. Melchor.

—¿Que hay? preguntó el Párroco.

—Un correo de Madrid, que trae un pliego para Margarita.

—Que suba, dijo la jóven.

—Ha vuelto grupas, y ha marchado á escape dejando el pliego, contestó el anciano mostrando un paquete voluminoso.

Margarita le tomó, y le presentó al Sacerdote, que le abrió enseguida.

Apareció en su seno una carta y una escritura.

La carta decia lo que sigue:

«Señora viuda Duval: El Excmo. Sr. D. Enrique Augusto Luis de Guzman, grande de España de primera clase, caballerizo de S. M. y Duque de..... ha fallecido de una pulmonía el dia 8 del pasado mes de Junio, en Madrid.»

«Abierto su testamento con la solemnidad



debida, en presencia de la Excma. Sra. Duquesa viuda, y con todos los requisitos que prescribe la ley, hemos hallado en él la donacion que hace á Vd. de su castillo del término de Montañana, con cuantos muebles y riquezas encierra, y el inmenso pinar que le son anexos.»

«Asi, pues, señora, cumpliendo la última voluntad del Sr. Duque difunto y los deseos de la Excma. Sra. Duquesa viuda, remitimos á Vd. la escritura de donacion, legalizada en debida forma, para que pueda tomar posesion de su castillo y dependencia, cuando lo tenga por conveniente.»

«Madrid, 4 de Julio de 185.....

Los testamentarios.

El Conde de V. El Baron de C.»

Al acabar de leer el Párroco esta carta, cayó Margarita al suelo, y la moribunda se incorporó en el lecho haciendo un insólito esfuerzo.

—¡Ya eres rica!... ¡muy rica!... ¡hija mia! exclamó con un grito del alma: ¡y yo sé... que eso te hará feliz!...

Margarita nada oyó: la noticia de la muerte de aquel hombre á quien tanto habia amado y su recuerdo hácia ella al tiempo de morir, le habian producido una conmocion de esas que rompen ó conmueven todas las fibras del alma.

La anciana volvió á caer en las almohadas:

cerró los ojos, y su pecho se levantó con el estertor de la muerte.

Inés se precipitó hácia el lecho, y la rodeó con sus brazos.

—¡Os dejo felices!.... murmuró, aún dominada por su idea fija: ¡dí á Miguel!... cuando vuelva, que le bendije como á mi hijo!.. ¡y... adios!.....

Luego fijó los ojos en el cielo, y murmuró con voz ya imperceptible una oracion: poco á poco su semblante se fué serenando y se puso radiante de una suave alegría.

El Rector, Inés, Juan el licenciado, y el anciano jardinero, se arrodillaron y rezaron con fervor.

De repente se incorporó Margarita con el cabello suelto, pálida, desesperada: levantóse y se arrojó sobre el lecho; abrazó frenética el cuerpo de su abuela y gritó:

—¡Madre, no te vayas!.. ¡no me dejes... que me quedo sola en el mundo!.... ¡sola.. sola!....

Sonrióse la anciana dulcemente, y de su pecho se escapó un leve suspiro entre las últimas palabras de la oracion.

La buena Cecilia, que ya columbraba el cielo, no habia podido ver, en los últimos momentos de su vida, los dolores de la tierra.

Aquel postrer suspiro pasó rozando la pálida frente de Margarita.

Esta abrió los ojos espantada: dió un grito, y quedó presa de un terrible parasismo nervioso.

## XXI

### La vuelta del soldado.

Margarita sufrió una larga y penosa enfermedad: cuando dejó el lecho, parecía haber vivido veinte años.

Al dia siguiente de la muerte de la anciana Cecilia, se abrió su testamento, hecho desde hacia algun tiempo.

Dejaba en él la mitad de sus posesiones á Margarita, y la otra mitad á Inés: conocíase que la division habia sido hecha con la más escrupulosa igualdad, y que todas las fincas habian sido tasadas por peritos imparciales.

Encontróse bastante dinero, á pesar de la comodidad y abundancia con que la buena anciana habia sostenido su casa y su familia: de este dinero, la mitad estaba destinada en el testamento para los pobres de la aldea: la otra mitad debian partírsela sus dos hijas.

Todo fué dividido en partes iguales, segun la voluntad de la testadora: las aves del corral, las caballerías de labor y hasta las provisiones de casa, por si Margarita queria separarse algun dia de Inés y de su marido.